

Presencias

DarkTales

PRESENCIAS



VERNON LEE

Traducción de Begoña Prat Rojo



Duomo ediciones

Barcelona, 2023

Título original: *A Phantom Lover and Other Dark Tales*

Publicada en 2020 por The British Library, 96 Euston Road Londres
NW1 2dB

© de la introducción, selección y notas, 2020, Mike Ashley

© de la traducción, 2023 de Begoña Prats Rojo

© de esta edición, 2023 por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: noviembre de 2023

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.

Av. de la Riera de Cassoles, 20 3.º B. Barcelona 08012 (España)

www.duomoediciones.com

Gruppo Editoriale Mauri Spagnol S.p.A.

www.maurispagnol.it

ISBN: 978-84-19521-96-5

Código IBIC: FA

DL: B 5.298-2023

Diseño de interiores y composición:

Grafime, S. L.

Impresión:

Grafica Veneta S.p.A. di Trebaseleghe (PD)

Impreso en Italia

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telepático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la discusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

INTRODUCCIÓN

Poseída por el pasado

Los relatos de Vernon Lee acerca de lo extraño son un género en sí mismo. Lo eran en la época en que los escribió y siguen siéndolo hoy, con su estilo desafiante y único. El lector no encontrará en ellos manidas historias de fantasmas, ni siquiera en «El amante fantasma», que muchos consideran su relato sobrenatural más tradicional, aunque podría argumentarse que en la historia no aparece ningún fantasma. Cuando menos, no uno normal.

Sin embargo, a pesar de que la vida y las pasiones de Vernon Lee se enfocaban hacia lo tradicional tanto en el arte como en la música, la autora deseaba aventurarse en lo insólito de una manera que fuera característicamente suya. La utilización del título *Hauntings* («Presencias») en su colección más conocida de relatos sobre lo extraño no se debe a que estén llenos de fantasmas, pues en ellos no se refleja ese tipo de presencia fantasmal. Para Vernon Lee, a todos nos persigue algo: el pasado, nuestros recuerdos, nuestros deseos, nuestras

esperanzas y nuestros miedos. Podemos llegar a obsesionarnos con ellos hasta tal punto que nuestros temores acaben manifestándose en forma de una fuerza que nos posee y que tal vez no resulte visible para ningún otro observador. Todo podría estar en nuestra mente o en nuestra imaginación. «El amante fantasma» encaja mejor en la categoría de relatos psicológicos de fantasmas que en la de las habituales historias de miedo victorianas, igual que sucede con *Otra vuelta de tuerca* de Henry James, que fue amigo de Lee.

La propia Lee estaba obsesionada con el pasado, y se rodeaba de estudios sobre arte y cultura europeos, en especial de Italia. Sentía una gran fascinación por las leyendas y los cuentos populares, y más adelante creó los suyos propios, mucho más creíbles que cualquier narración tradicional. Poseedora de un talento extraordinario, Henry James advirtió a su hermano William sobre ella con las siguientes palabras: «Es tan peligrosa y desconcertante como inteligente, y eso ya es decir mucho». El escritor y viajero Maurice Baring, a quien dedicó su última colección de relatos, *For Maurice*, la calificó como «la persona más lúcida que he conocido en mi vida».

Lee fue muy precoz. En 1870, con apenas trece años, vendió su primer relato, que trataba de una moneda y sus dueños a lo largo de los siglos, al periódico francés *La Famille*. Cuando el editor le cambió el título y realizó algunas modificaciones más, Lee se puso furiosa, y el

incidente sirvió para cimentar su determinación de escribir y obtener reconocimiento. Es difícil establecer de dónde procedían su precocidad y su inteligencia, ya que la autora tuvo una infancia complicada.

Vernon Lee nació con el nombre Violet Page el 14 de octubre de 1856 en un *château* a las afueras de Boulogne, en el norte de Francia. Su madre, Matilda, que tenía cuarenta y pocos años al dar a luz a Violet, era descendiente de una ancestral familia colonial que había amasado su fortuna en las Indias Occidentales y las colonias americanas. Su primer marido había sido el capitán James Lee-Hamilton, con el que tuvo un hijo, James Eugene Lee-Hamilton, nacido en 1845. Su esposo murió en 1852, con poco más de veinte años, y Matilde se trasladó a Francia con su hijo. Allí contrató a un tutor para el joven James llamado Henry Paget, que era casi veinte años menor que ella, aunque eso no supuso ningún impedimento para que se casara con él en Dresde en octubre de 1855. Violet fue la única hija de este segundo matrimonio.

Aunque Matilda fue una presencia dominante en la vida de Violet hasta su fallecimiento en 1896, sentía una mayor devoción por su hijo James, que tenía una salud delicada debido a una serie de dolencias psicósomáticas. Eso hizo que Violet se viera privada del amor de su madre y tal vez ese fuera el motivo de que, más adelante, buscara figuras maternas. A pesar de todo, Matilda, que había recibido una buena educación, se aseguró

de que Violet también la tuviera y, aunque no tardó en aburrirse de su esposo, permaneció a su lado viviendo en diferentes lugares de Europa hasta asentarse finalmente en Florencia en 1873. Esta ciudad se convirtió en el hogar preferido de Violet, sin menoscabo de su cosmopolitismo y de que hablaba con fluidez italiano, francés y alemán.

Su pasión por la música y el arte le venía de sus progenitores, aunque más de su madre, que era una intérprete musical muy dotada. En su adolescencia, Violet se sumergió en la cultura y la historia de Florencia e Italia en general. Su madre apoyó sus aspiraciones de convertirse en escritora, y sus estudios de arte florentino e italiano culminaron en su primera obra, la colección de ensayos *Studies of the Eighteenth Century in Italy*, publicada en 1880 con el seudónimo de Vernon Lee, que ya había utilizado para diversos artículos en revistas y que de esta manera se convirtió en una especie de segunda personalidad. El apellido derivaba del apellido de su hermanastro, y escogió Vernon como nombre porque resultaba vagamente andrógino, aunque era probable que se considerase masculino. De hecho, antes de que se conociera su verdadera identidad más de un crítico se refirió a ella como «el señor Vernon Lee».

En el momento en que su libro vio la luz, Lee (así me referiré a ella en adelante) ya había recopilado una colección de cuentos tradicionales locales que publicó anónimamente con el título *Tuscan Fairy Tales*. Se trata-

ba de adaptaciones libres que elaboró a partir de diversas fuentes y, en ese sentido, constituyen sus primeras obras de ficción. Más importante aún, eran una recreación personal de cuentos y leyendas ya existentes, un concepto que desarrolló más adelante en su carrera al concebir sus propias leyendas de modo que encajaran en la historia del arte y la cultura locales. También escribió una parodia de los cuentos de hadas, *The Prince of the Hundred Soups*, publicada en 1883 y que está estructurada en forma de obra de teatro para marionetas. De niña, Lee había pasado mucho tiempo jugando con títeres y muñecas, y estos aparecen ocasionalmente en sus relatos, como en «The Doll», (publicado originalmente con el título «The Image» en 1896), que trata de una muñeca de tamaño real creada a imagen de la esposa fallecida de un hombre. Dicha narración no está incluida en esta antología al no ser estrictamente sobrenatural, aunque en su atmósfera se respira sin duda la intensa y continuada influencia que ejercen los muertos sobre los vivos. Lee la escribió poco después del fallecimiento de su madre, que, con su apenas metro cincuenta de estatura, tenía también el aspecto de una muñeca. El influjo de su figura persiguió a Lee durante muchos años.

Su primera historia sobrenatural, «A Culture Ghost», apareció en *Fraser's Magazine* en enero de 1881 y es un claro ejemplo de cómo alguien puede acabar obsesionado con el pasado, acosado por un cuadro y la voz de su modelo. Por entonces, Lee todavía estaba experimen-

tando con el estilo de su narrativa de ficción, y no tardó en repudiar este relato temprano y volver a abordar el tema seis años después en «Una voz perversa». Sin embargo, a pesar de partir del mismo planteamiento, ambas historias se desarrollan de una forma inequívocamente distinta, y aunque Lee incluyó la segunda en su primera colección de relatos de lo insólito, *Hauntings*, publicada en 1890, más adelante reconoció el valor de «A Culture Ghost» y acabó por preferirla e incluirla en su última colección, *For Maurice*, de 1927.

Lee solo escribía historias misteriosas cuando estaba de humor para ello. La mayor parte de su obra, que incluye cuarenta y cuatro libros, consiste en ensayos y monografías sobre arte e historia, así como biografías. Fue una gran propulsora del esteticismo, un movimiento artístico inglés que floreció a finales del siglo XIX, y es esa veneración por la belleza y el arte la que dota de una poderosa atmósfera tanto a sus obras de ficción como a sus ensayos. Estos últimos, o al menos algunos de ellos, están tan imbuidos de la significación y el sentido que se atribuye a los lugares, un rasgo característico del esteticismo, que terminan por transformarse en una corriente de conciencia más parecida a un poema en prosa que a una obra no ficcional. Por ese motivo abrimos este volumen con su poco conocido ensayo «Los bosques encantados», con el objetivo de dar voz a su visión de cómo el mundo que nos rodea debería exaltar nuestra imaginación.

En su opinión, lo sobrenatural es aquello que surge de «la imaginación estimulada por cierto tipo de entorno físico». En su ensayo *Faustus and Helena*, publicado en 1880, antes de la aparición de cualquiera de sus relatos sobrenaturales, Lee escribe lo siguiente:

[Lo sobrenatural] es el efecto de la imaginación sobre ciertas impresiones externas, son esas impresiones manifestadas y personificadas pero de una manera vaga, fluctuante y en constante cambio. La personificación sufre constantes alteraciones; se refuerza, se diluye, se amplía, se ve limitada por una nueva serie de impresiones externas, a medida que la forma que moldeamos con aglomeraciones de masas nubosas fluctúa con cada movimiento. De pronto un vapor cambiante borra la forma, para luego comprimirla y dotarla de un aspecto único: la criatura fantástica bate ahora sus alas lentamente y luego las extiende y les insufla vida hasta que parecen las de un grifo; en un momento dado tiene pico y garras mientras que, en otros, luce crin y pezuñas. La brisa, la luz del sol, los rayos de luna la crean, la alteran y la destruyen.

Eso es precisamente lo que ocurre en los relatos que presentamos aquí. El lector percibirá algo extraño, incongruente pero sustancial, que permea la narrativa y, cuando crea haberlo identificado, Lee sabe cómo hacer que resulte aún más confuso e impenetrable. Nos encontramos ante enigmáticas fantasías más que ante his-

torias de fantasmas, y no cabe duda de que se trata de figuraciones intelectuales.

Lee escribió la mayor parte de sus historias sobrenaturales en las décadas de 1880 y 1890, y su último auténtico relato de lo extraño, «Sister Benvenuta and the Christ-Child», apareció en 1905. Aunque en 1913 publicó una última leyenda humorística, «Tannhauser and the God», y en 1921 una historia sin elementos fantásticos, «Dom Sylvanus», parece que el siglo xx aplastó su necesidad de envolver la imaginación en la gloria del paisaje. Su novela *Louis Norbert* (1914) tiene vestigios de lo sobrenatural, pero consiste más en una exploración gozosa de la Francia del siglo xvi. Da la sensación de que Vernon Lee era una mujer adelantada a su época. Su frustración con el mundo que la rodeaba fue creciendo con los años y en sus obras *The Ballet of the Nations* (1915) y *Satan the Waster* (1920) condenó los horrores de la guerra. Zambulló su imaginación en el *genius loci* y lo plasmó en ensayos como los que se recogen en *The Tower of Mirrors* (1920) y *The Golden Keys* (1925).

Vernon Lee disfrutaba de la camaradería femenina, tanto para encontrar a una mujer que gestara a sus hijos como para satisfacer sus necesidades sexuales y emocionales. En su biografía *Vernon Lee* (2002), Vineta Colby describe a Lee como una «lesbiana sexualmente reprimida», constreñida por la actitud victoriana hacia la sexualidad, sobre todo después de la decadencia de la dé-

cada de 1890. Las relaciones de Lee con mujeres solían acabar en desencanto. Su temprana unión con Mary Robinson en la década de 1880 llegó a su fin cuando Mary la abandonó para casarse con un hombre, cosa que sumió a Lee en un colapso mental que se prolongó a lo largo de seis meses. Luego conoció a Clementina *Kit* Anstruther-Thomson, con la que mantuvo una estrecha relación hasta 1898, cuando la magia desapareció y ambas se distanciaron. Tal vez fuera esta circunstancia la que aplacó la torturada imaginación de Lee e interrumpió la producción de sus relatos sobrenaturales.

Su vínculo más dilatado con una mujer fue con la compositora y sufragista Ethel Smyth, aunque la suya era una relación a distancia. En sus últimos años de vida, Vernon Lee se vio aquejada por una sordera progresiva y se entregó a la soledad, que ocupaba yendo en bicicleta por los caminos y senderos cercanos a su villa Il Palmerino, en Florencia. Murió el 13 de febrero de 1935 a los setenta y ocho años, tras una serie de ataques al corazón. En su testamento dejó escrita la prohibición de escribir su biografía, aunque en 1937 su amiga Irene Cooper-Willis publicó una selección de su correspondencia titulada *Letters*, en una edición limitada a tan solo cincuenta ejemplares.

Aún en vida, Montague Summers calificó a Vernon Lee en su libro *The Supernatural Omnibus* como «la mayor exponente de lo sobrenatural en la ficción», a pesar de lo limitado de su producción, pero después de su

muerte se hizo cada vez más difícil encontrar sus obras de ficción, hasta que el editor Peter Owen las volvió a publicar en 1955. Desde entonces se han recopilado diversas antologías, aunque es una autora que siempre ha permanecido en la periferia del género. En la historia sobre la literatura de lo sobrenatural *Unutterable Horror* (2012), de S. T. Joshi, este incluyó su obra «en una categoría curiosa e indefinible», mientras que otros historiadores apenas la mencionan. Sin embargo, su obra se niega a caer en el olvido y, del mismo modo que sus personajes están obsesionados e incluso poseídos por el pasado, sus relatos siguen fascinando y poseyendo al lector. Es la singularidad de su visión la que hace que sus libros sean tan poderosos e inolvidables.

MIKE ASHLEY

LOS BOSQUES ENCANTADOS

No os contaré —no tiene sentido y sería una indiscreción— en qué parte de la superficie terrestre se encuentran los bosques encantados. Cuando alguien se adentra en ellos, se tiene la sensación de que existen en un lugar ajeno a la realidad, y al salir, se siente tentado a negar su existencia. Porque están llenos de hechizos y de aventuras infinitas, y te atraen por un oscuro y sinuoso río hacia su corazón oculto. La tierra en la que los robles milenarios hunden sus raíces retorcidas es la mismísima tierra del romance. Rinaldo y *sir* Guyon se adentraron en el crepúsculo de las ramas por estas aguas translúcidas y marrones, y las hechiceras manejaban los remos. La garza que ha alzado el vuelo entre los juncos con un arrullo es la prima del maravilloso Pájaro Azul; la fuente de Merlín está escondida entre los tortuosos espinos; tal vez incluso el propio Merlín se oculte allí. Se deambula por allí murmurando fragmentos de versos o, como me sucedió a mí, perseguido por la frase de un recitado, del compás de un acompañamiento susurrante

que narra los amores de Amadís. Se toma ahora un camino, ahora otro, atravesando pantanales o el sotobosque, de aquí para allá, sin parar, sin rumbo, de forma parecida a como se lee: pasando las páginas sin interés, la narración de Ariosto, Tasso o Spenser repentinamente interrumpida y luego retomada, mientras la fantasía divaga, galopa, cambia de amores e identidad igual que las entusiastas víctimas de grandes magos y hadas. ¿Quién fue, y adónde, el que navegó río arriba adentrándose en el terreno, adentrándose en bosques como este, por un río como este? El río se desliza veloz a ras de hierba, de un cristalino marrón rojizo visto de cerca, de un cristalino verde dorado visto de lejos, pero siempre extraordinariamente insondable y oscuro; rizado y arremolinado alrededor de las piedras que hace rodar, murmurante y susurrante allí donde barre las ramas de los robles que cuelgan sobre él. El sol que se filtra a través del follaje crea pequeños puntos, estrellas rotas. Apenas se oye el bisbiseo de las hojas, un lejano gorjeo y arrullo de pájaros, cada sonido dominado por el ronroneo de este arroyo en medio del profundo silencio del bosque.

El ocaso me encuentra en una extensa llanura verde teñida por el marrón de los juncos; el cielo es de un intenso color carmesí con franjas de un prístino azul pálido, y el sol se pone entre las ramas de árboles inmensos y en los huecos entre ellos. Me adentro en los matorrales sumidos en la penumbra y pierdo el rumbo, y me alegro de perderlo; y el crujir de las ramas y la repen-

tina agitación de unas alas —un pato silvestre que alza el vuelo desde el pantano, muy cerca— hacen que mi corazón se detenga con un delicioso sobresalto, y canto pero en voz baja, para hacerme compañía. Y de repente me detengo. Porque he vuelto a encontrar ese extraño río que se desliza extremadamente veloz entre los árboles, calmado, silencioso, oscuro. Y los robles y las hayas se alzan imponentes en el crepúsculo, colosales, y sus pálidas ramas adoptan una apariencia amenazadora, como elefantes o serpientes cimbreadas. Las formas todavía existen, pero, en esa luz marrón hecha de oscuridad, todo color ha desaparecido y, con él, toda vida. Seguramente así eran los ríos, los árboles y los matorrales del Elíseo, donde Orfeo, cuando buscaba a Eurídice, apenas tendría que desviar la mirada para verla aparecer como una sombra entre las sombras.

Encuentro un puente y lo cruzo; y tras emerger de la penumbra mágica y caminar entre la hierba silvestre bajo el cielo estrellado..., ¡mirad!, justo enfrente está la casa alargada construida en el terraplén, con las ventanas de la planta baja abiertas y teñidas de una luz naranja en la serena tarde azul. Y mi corazón se regocija ante la cercanía de moradores amables y hospitalarios, no magos o hechiceras, sino diez mil veces más cordiales.

Los bosques encantados son insólitos. Pero sospecho que allí donde existen —y parecen existir, tan profunda es su magia, en un lugar ajeno a la realidad—, suelen estar a tiro de piedra de nuestros preciados ho-

gares cotidianos, y no es necesario aventurarse muy lejos para encontrarlos.

Esta creencia está comenzando a calar en mí y a curarme del anhelo de lugares nuevos y remotos. Porque aunque los placeres de viajar, la búsqueda del afable espíritu guardián de los lugares, han sido quizás la mayor bendición de mi vida, al reflexionar descubro que en general he viajado menos que mis vecinos y mucho menos aún por el simple gusto de hacerlo. Hay momentos, por supuesto, en los que siento una punzada de tristeza al verlos partir sin mí a lugares maravillosos: Egipto, España, Grecia, adonde yo nunca iré; y también cuando ciertos nombres, meras referencias casuales a esto o aquello, atraviesan mi corazón con una extraña cuña, suave y afilada al mismo tiempo, de deseo: la nostalgia de las colinas y calles que nunca veré con mis propios ojos.

Pero ¿no es esta pequeña punzada el preludio de toda felicidad, y su acompañamiento? ¿Y acaso no hay, en nuestros placeres más preciados, algo análogo a esa deliciosa sensación de ahogo con la que subimos una ladera o nos enfrentamos a las olas que levanta el viento del mar? En otras palabras, ¿no requiere el goce exhaustivo de cualquier cosa un amplio margen de... no diré de privación pero sí de renuncia, de *no tener* otras cosas? ¿Y no es la frugalidad y la relativa vacuidad —la frugalidad y la relativa vacuidad de la mesa y la celda del monje— la norma de los verdaderos devotos del gozo? ¿Quedarse en casa, explorar los diez kilómetros a la redonda (y

ningún placer es más intenso al viajar que el de los primeros cien metros del undécimo kilómetro), pasear por el jardín o la propia habitación como De Maistre, y así despertar el hambre de vagabundear por lugares lejanos, por China o Perú? ¡Dios no lo permita! ¡No hay locura más vana e infructuosa que manipular nuestra propia felicidad!

De lo que cada vez estoy más convencida es de que los viajes más abundantes en gratos recuerdos son aquellos que se emprenden de manera accidental o bajo la presión de la necesidad; es más, los lugares más interesantes son aquellos en los que nos extraviarnos, o hacia los que nos desviamos, mientras deambulamos a causa de los amigos o el trabajo, o incluso en la humilde búsqueda de una vida menos costosa o un restablecimiento de la salud. Esta creencia de que los mejores viajes no son los que se emprenden por el mero hecho de viajar va de la mano de una filosofía de vida, muy vaga y difícil de definir, pero quizás más profunda e inevitable, que se hace presente y se impone con cada año de experiencia que sumamos. A medida que vamos viviendo y queda atrás, o a nuestro lado, más parte de nuestra existencia y de la de los demás, surge una comprensión sutil de una ley misteriosa por la cual las cosas buenas de la vida, toda la felicidad —es más, la capacidad misma de ser feliz— no son ya el objetivo de la vida, sino su incentivo, y para poseerlas de verdad es necesaria una respuesta voluntaria e incondicional a los

múltiples, cambiantes y áridos llamados y demandas de la propia existencia. La vida misma es un viaje desde un punto de partida desconocido hacia una meta también desconocida. Nosotros, que nos movemos a lo largo de sus caminos, no podemos pasar por alto los senderos que se cruzan una y otra vez en un dibujo intrincado e interminable; y los mapas que creamos para nosotros mismos son meros garabatos de niños fantasiosos. Lo único que podemos hacer, mientras viajamos sin saber desde ni hacia dónde, es mantener la mirada despejada, los pies immaculados, desprendernos de la mayor cantidad posible de equipaje inútil y llenar nuestras manos con los frutos y hierbas del camino, sean placenteros o curativos. Pero si creemos que podemos desviarnos de nuestro rumbo hacia los templos de Sais, o los jardines de Armida o la Jerusalén Celestial..., bueno, no hay nada de malo en la esperanza, aunque a mi parecer, sufriremos una decepción. Porque la sabiduría, la belleza, incluso la misma santidad, no son regiones del alma, reinos alcanzables y apartados, sino más bien, en mi opinión, modos en los que el alma obra, o no, a lo largo del misterioso viaje para el que ha sido elegida o condenada. Y en cuanto a los dioses, no es necesario peregrinar para encontrarlos, pues caminan majestuosos por el universo; y si nuestro espíritu es reverente y jubiloso, nos toman de la mano de vez en cuando y nos guían unos metros; sí, nos guían incluso a nosotros, seres desvalidos, con el pez en nuestra mano y el perro a

nuestros pies, como los dos arcángeles guían al pequeño Tobit en los cuadros.

Si, como creo, eso es lo que sucede con los ángeles y los grandes dioses, ¡cuánto más con una divinidad tan humilde como el afable genio de los lugares! No necesitamos emprender periplos de exploración para encontrarnos con el *genius loci*. Hay un espíritu rector, una oréade, en cada árbol viejo y venerable que despunta por encima del bosque o se alza solitario sobre los surcos arados; una náyade en cada manantial, entre el berro que gotea y las piedras cubiertas de musgo; incluso en cada cisterna de fina mampostería llena de agua pura de berilo, y abierta al cielo, donde se llenan las regaderas por las tardes. Y en cuanto a los bosques encantados..., bueno, se encuentran en muchos parques y rodean muchas ciudades; solo tienes que reconocerlos cuando los veas y someterte de buen grado a su benéfica magia. Así enriquecemos nuestra vida, no haciendo planes descabellados, no buscando cambios y beneficios, sino sacando provecho incondicionalmente de lo que está a nuestro alcance.

Así pues, oh, benigna divinidad de los lugares, concédenos ojos y corazones capaces de reconocer tus santuarios ocultos por todo el mundo y en cada recodo del camino; y otórganos, como tu mayor bendición, la posibilidad de deambular de vez en cuando por los bosques encantados, entre la hora de levantarnos de nuestro trabajo solitario y la hora de sentarnos a comer con nuestros queridos amigos.



EL AMANTE FANTASMA

PARA EL CONDE PETER BOUTOURLINE

en Tagantcha

GOBIERNO DE KIEV, RUSIA

Mi querido Boutourline:

¿Recuerda aquella tarde en Florencia, cuando estaba sentado frente a la chimenea y le conté la historia de la señora Oke de Okehurst?

Le pareció un relato fantástico y, aficionado como es a todo lo fantástico, enseguida me animó a escribirlo, aunque yo señalé que, en estos casos, escribir equivale a exorcizar, a romper el hechizo; y que la tinta del impresor ahuyenta con tanta eficacia como si fueran litros de agua bendita a los fantasmas, que de otro modo podrían rondarnos amablemente.

Pero si, como sospecho, atribuye usted ahora cualquier hechizo que pudiera haber tenido la historia a cómo nos dejamos sugestionar esa noche, junto a la chimenea, con todo tipo de relatos fantásticos; si, como me temo, la historia de la señora Oke de Okehurst le resulta inocua e improductiva, la lectura de este librito servirá al menos para recordarle, en pleno verano ruso, que existe una estación llamada invierno, un lugar

llamado Florencia y una persona con la que mantiene
gran amistad, de nombre,

VERNON LEE

Kensington, julio de 1886

¿Ve ese boceto de ahí, con el gorro de niño? Sí; esa es la mujer. Me pregunto si podría adivinar usted de quién se trata. Una criatura interesante, ¿no le parece? Sin duda, la criatura más maravillosa que he conocido: de una extraordinaria elegancia, exótica, inverosímil, conmovedora; con una especie de gracia perversa y artificial, estudiada, en cada gesto, en cada movimiento y cada postura de la cabeza, el cuello, las manos y los dedos. Aquí hay numerosos bocetos a lápiz que hice mientras me preparaba para pintar su retrato. De hecho, en el cuaderno no hay más que dibujos de ella. Meros garabatos, en realidad, pero dan una idea de la naturaleza maravillosa y fantástica de su gracia. Aquí está apoyada en la escalera y aquí, sentada en el columpio. En este otro sale apresurada de la habitación. Esa es su cabeza. Como puede ver, no es exactamente hermosa: su frente es demasiado grande y su nariz, demasiado corta. Nada de esto captura su esencia, ya que esta radicaba en su movimiento. Observe lo extrañas que son sus mejillas, hundidas y un tanto carentes de relieve; pues bien, cuando sonreía se le formaban unos hoyuelos deliciosos justo aquí. Había algo exquisito y misterioso en ello. Llegué a comenzar el retrato, sí, pero nunca lo terminé. Primero pinté el de su esposo. Me pregunto quién lo tendrá ahora. Ayúdeme a apartar estos cuadros de la pared. Gracias. Aquí está el retrato de ella: un desastre

colosal. No creo que transmita mucho: es un mero esbozo y parece un poco disparatado. Como puede ver, mi intención era retratarla apoyada en una pared —había una revestida de un amarillo que casi parecía marrón— para resaltar su silueta.

Es curioso que escogiera esa pared en particular. En el estado en que se encuentra, el cuadro transmite cierta sensación de locura, pero me gusta; captura algo de ella. Me gustaría enmarcarlo y colgarlo, si no fuera porque la gente haría preguntas. Sí, veo que lo ha adivinado: es la señora Oke de Okehurst. Olvidé que tenía usted parientes en esa parte del país; además, me imagino que los periódicos de la época cubrieron extensamente el caso. ¿Sabía que todo sucedió ante mis ojos? Hoy día casi no me creo que fuera así; todo parece tan distante, vívido pero irreal, como un producto de mi imaginación. En realidad, fue mucho más extraño de lo que cualquiera pueda pensar. A la gente le resultó tan incomprensible como a ella. Dudo que alguien entendiera alguna vez a Alice Oke, aparte de mí. No me considere insensible. A pesar de ser una criatura maravillosa, rara y exquisita, era imposible compadecerse de ella. Me daba mucha más lástima el desdichado de su marido. Al cabo resultó ser un final muy apropiado para ella; creo que incluso le habría gustado si hubiera llegado a conocerlo con antelación. ¡Ah! Ya nunca tendré la oportunidad de pintar ese retrato de la manera que me habría gustado. Fue como si alguien me hubiera enviado a esa mujer desde el cielo o

el otro lugar. ¿Nunca le han contado la historia en detalle? Bueno, por lo general no suelo hablar de ello; la gente es tan increíblemente estúpida o sentimental..., pero a usted se la contaré. Déjeme ver. Ya está demasiado oscuro para seguir pintando, así que puedo empezar ahora. Espere, tengo que volver su rostro hacia la pared. ¡Ah, qué criatura más maravillosa!

II

¿Recuerda que, hace tres años, le conté que había aceptado retratar a una pareja de terratenientes de Kent? Honestamente, no entendía qué me llevó a decirle que sí a aquel hombre. Un amigo mío lo trajo un día a mi estudio; SEÑOR OKE DE OKEHURST: ese era el nombre que aparecía en su tarjeta. Era un joven muy alto, muy bien formado y muy apuesto, con una hermosa tez clara, un hermoso bigote rubio y una hermosa ropa que se le ajustaba a la perfección; era exactamente igual que tantos otros jóvenes que pueden verse todos los días en el parque y totalmente anodino, de la coronilla a la punta de las botas.

Era evidente que el señor Oke, que había sido teniente de los Azules* antes de casarse, se sentía incómodo

* En inglés los «Blues», que es como se conoce al Royal Regiment of House Guards, un regimiento de caballería del ejército británico. (*Todas las notas son de la traductora*).

en un estudio de pintura. Le resultaba extraño ver a un hombre vestido con una chaqueta de terciopelo en plena ciudad, pero al mismo tiempo se mostraba nervioso y se esforzaba por no tratarme en lo más mínimo como si yo fuera un comerciante. Se paseó por mi estudio, lo observó todo con una atención más que escrupulosa, balbuceó varias frases elogiosas y luego, dirigiendo una mirada suplicante a su amigo, intentó ir al grano sin éxito. La cuestión, como su amigo explicó amablemente, era que el señor Oke deseaba saber si mis compromisos me permitirían retratarlo a él y a su esposa, y cuáles serían mis condiciones. El pobre hombre se sonrojó y su piel adoptó un tono carmesí mientras escuchaba esta exposición, como si se hubiera presentado ante mí con la más indecorosa de las propuestas; y yo reparé en lo único que había de interesante en él: un extraño ceño nervioso entre las cejas, dos surcos perfectos que por lo general indican alguna anormalidad y que un alienista conocido mío denomina el «ceño maniaco».

Tras recibir mi contestación, se puso a dar de pronto unas explicaciones algo confusas. Su esposa..., la señora Oke..., había visto algunas de mis pinturas..., retratos... en..., ¿cómo se llamaba?... en la Academia. Ella... En suma, había quedado muy impresionada con mis obras. Era una mujer con muy buen gusto para el arte y..., en resumen, sentía enormes deseos de que pintara su retrato y el de él, etcétera.

—Mi esposa —agregó de repente— es una mujer